

# Nuestra Sazón

## El merequetengue de los viejos en Semana Santa

**Karla Paola<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> Estudiante de la Licenciatura en Gastronomía de la Universidad Autónoma del Estado de México. Crónica realizada en el marco del curso “Periodismo gastronómico” impartido por el Dr. Gerardo Novo Espinosa de los Monteros, cronista de la Facultad de Turismo y Gastronomía de dicha Universidad.

Desde el jueves empezó todo el merequetengue para ir a mi pueblito, aquel donde no hay nada qué ver, sólo campo a lo lejos llenando las montañas; carros abandonados, perros callejeros, casas olvidadas con fachadas desgastadas; gente ignorante de las banquetas, iglesias... así es Joquicingo.

Toda mi familia aventando cosas a la cajuela: camarones, mojarras, vegetales, ollas... de todo para comer en el Santo Viernes. Mi abuela, arraigada a su pueblo, desbordaba emoción por saludar a toda la familia, contagiando a su hija Silvia y a su hermana Choni. Empezó desde tempranito a limpiar los camarones para su caldo. Mi hermano y yo, por otro lado, diferíamos de aquella emoción colectiva: “No hay nada que hacer en el pueblo”, exclamamos con la esperanza de quedarnos en casa, pero de nada sirvió, pues las órdenes del alto mando, dictadas por mi madre, son más poderosas que nuestros caprichos.

El viernes emprendimos el viaje. Fue una hora de paisajes montañosos coloreados de milpa, pinos y encinos. El olor del ambiente deleita. “Pa’ que se les quite la nube turbia que traen pegada de por allá”, exclama mi tío. A nuestra llegada, la familia Aguilar nos recibió con miradas de nostalgia, seguidas de sonrisas peculiares, subordinadas a la voluntad del propietario, por ejemplo, Juanis. Llena de canas, tiene la mirada triste. Arrugas profundas, cargadas de penas. Manchas por la tinta del tiempo. La sonrisa más honesta y, a su vez, atiborrada de melancolía.

Siquiera hay agua en Joquicingo; la acarreamos en unas descoloridas cubetas, tan viejas y rotas como el mismo pueblo. El caluroso clima que provoca la época favoreció nuestro arduo trabajo, compensándonos con sudor, según mi madre, ideal para un caldo de camarón. Mi abuela se puso, entonces, manos a la olla. La mesa, abastecida de chile guajillo, papas, zanahorias, chícharos y camarones.

Nuestra casa en el pueblito, hecha de ladrillos, aparenta más años de los que tiene. Las puertas y marcos de las ventanas están compuestos por madera vieja, carcomida por las termitas. Cada esquina habitada por arañas. Cada estancia se compone de objetos

antiguos, legados de generaciones pasadas; algunos le ganan en edad a mi abuelita. El olor es húmedo, similar al de un libro podrido. Sin embargo, al pasar las horas, se sazonó con el más exquisito caldo. Estuvo en el punto y hora perfecta para cenar. Era rojo, con camarones asomados, verduras *al dente* y de un picor rico.

Todo el linaje se acomodó alrededor de una gran mesa redonda, degustando aquel manjar con un platito de unicel y cuchara de plástico. El bolillo no faltó en el centro, para que todos alcanzaran estirando el brazo. Se escuchaban diversos tipos de conversación en aquel comedor lleno de generaciones, desde chismes pueblerinos hasta los últimos lanzamientos en videojuegos. Pero Juanis captó la atención de todos al comentar: “Sí me descansan porque me dejan dormir, pero en la mañana me entra el ardor de mis mugres plantas”, refiriéndose a sus pies. Fue como jalar un hilo de media, pues empezó la guerra de achaques entre los adultos mayores. Al final, todos llegaron a la misma conclusión: no poder disfrutar las misas, la interpretación de la resurrección de Cristo —típica de cada comunidad—, ni siquiera cocinar como antes. Básicamente, la Semana Santa pasó de ser la mejor a la peor época que viven, pues les recuerda que los años no pasan en balde.

Sentada en medio del bombardeo, observé a los primos más jóvenes, desinteresados y despreocupados de las circunstancias. Me planteé: ¿Y ahora quién irá a misa? ¿Quién hará las gorditas y tortillas a mano? ¿Quién usará aquella vieja cocina de leña? ¿Quién me regañará por comer carne roja en estas fechas? ¿Quién cocinará un caldo de camarón de este nivel?

Asusta la idea de quedar sin aquellos adultos de los que dependo tanto para no olvidarme, por meros caprichos tontos, de ser parte de estas tradiciones, e incluso, de esta vieja casa y de este viejo pueblo, donde están estos tan amados viejos... que son mi familia.